

PARADA TÉCNICA

Cristina Reyes

DOSSIER: ROCK

50

Llevamos una hora de retraso. Le dije a Luisa que yo pasaría a recogerla después de la escuela, pero claro, ella nunca ha sabido ser puntual. Cansado de esperarla en el auto, decidí bajarme y entrar por el jardín trasero para darle un susto desde su ventana.

La sorpresa me la llevé yo. Su cuarto era un completo desastre: había pantalones, sostenes y labiales regados por todo el piso. La cama era la base de un gran montículo de ropa que solamente me dejaba ver el peinado de mi amiga.

Abrí la ventana y entré sin preguntar. Al verme, dio un pequeño brinco y después me abrazó. Me le quedé viendo con una mirada reprobatória y ella me contestó con una llena de ternura para evitar que me molestara. No le funcionó.

— ¿Ya viste qué horá es? —le dije sin hacer mucho ruido. — Te dije que estuvieras lista hace una hora y ni siquiera has hecho tu maleta.

—Relájate, ¿sí? — me dijo llevando sus manos a la cadera. No encuentro mis ahorros por ninguna parte.

Desesperado, me acerqué a su closet y de una caja vieja de zapatos saqué el dinero. La presioné para que terminara de empacar y regresé al auto.

Una vez que emprendimos el viaje no hubo vuelta atrás. No estábamos huyendo, simplemente haríamos un recorrido por el país asistiendo a diferentes conciertos.

Eso fue lo que nos empujó a volvernos amigos. Nos conocimos en uno hace mucho (quise ligármela, pero después de un rato me di cuenta

de que no teníamos esa clase de química y fui a buscar a otra chica). Pasado un tiempo volvimos a toparnos en un festival y poco después estuvimos asistiendo a ese tipo de eventos juntos.

Luego de varias horas recorriendo la carretera, mi estómago comenzó a demandar comida de verdad. Antes habíamos parado en un par de tiendas de autoservicio para comprar chatarra, pero ya se había acabado.

Vi el cartel que anunciaba un bar y pensé que era un buen lugar para estirar las piernas y comer algo. Al llegar, no alcancé a apagar el auto antes de que mi mejor amiga bajara corriendo. Seguro iba al tocador. Le dije que no se comprara aquella botella de dos litros de agua, pero no me hizo caso.

El bar era un establecimiento modesto, tendría unas diez mesas, un pequeño escenario, una mesa de billar y la barra. La decoración era sencilla, casi todo de madera y sólo se veía una mesera atendiendo el local.

Ella me pareció preciosa. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres atractivas, comenzando por Luisa, quien era prácticamente una diosa; pero había algo misterioso en esa chica que me resultó embriagante. No podía despegar mis ojos de ella.

Era alta y curvilínea, con una melena roja que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Tenía una nariz aguileña pero fina y ojos grises que presagiaban algo que no logré descifrar.

—¿Te puedo ofrecer algo? —me dijo con una voz neutralizada entre lo femenino y lo masculino.

Tardé un poco en reaccionar pero terminé por ordenar un par de cervezas y unas alitas picantes. En el *gafette* que llevaba colgado en su blusa se leía la palabra “Calipso”.

Me pareció un nombre bastante extraño, pero dejé de darle importancia en cuanto ella se dio la vuelta y se marchó. Tenía un trasero increíble. Estaba tan embobado viendo cómo la mesera caminaba, que no me di cuenta cuando Luisa llegó a sentarse junto a mí. Ella sólo chasqueó sus dedos frente a mis ojos para captar mi atención.

— ¿Qué nos pediste? —preguntó Luisa mientras veía el menú.

— ¿Para tí? Nada. Estás muy gorda —le dije jugando.

Con ese comentario me gané un golpe en el brazo. No me dolió pero fingí que sí para darle gusto a mi amiga. Después de un rato llegó nuevamente la mesera con un par de tarros de cerveza. Uno de clara

para Luisa y uno de oscura para mí. En ese momento intenté sacarle un poco de plática a Calipso, pero no logré hablar demasiado (algo que no suele ocurrirme), de modo que Luisa fue quien comenzó a hablar con ella para ayudarme un poco.

La conversación se interrumpió cuando sonó la alarma en el celular de Calipso y tuvo que ir a revisar cómo iba nuestra comida. No tenían cocinero, ella se encargaba de todo.

Cuando estuvo lista, volvió con las alitas y otro tarro de cerveza oscura para ella. Se sentó con nosotros y se acomodó como si fuera una vieja amiga. De algún modo, cuando superé la etapa de casi no poder hablarle, sentí que podía confiar en ella, ¡y vaya que a mí me cuesta trabajo sentir eso por alguien!, ni siquiera confiaba un cien por ciento en Luisa.

Nos contó que más tarde vendría la banda de su hermano a tocar, se llamaba “Luz sombría”. Sonaba interesante. Dijo que tocaban muy buena música y que valdría la pena que nos quedáramos a ver el espectáculo. Con sólo ver a los ojos a Luisa, supe que estaba de acuerdo; al fin y al cabo, aquel viaje era precisamente para eso.

No pasó mucho tiempo hasta que el hermano de Calipso llegó. Seguro de sí mismo, se acercó a nuestra mesa y le dio un abrazo a su hermana, quien lo presentó como Seth.

Él era mucho más serio que ella y tenía un aire de frialdad, pero se movía con la seguridad de quien se sabe un dios. Cuando la banda estuvo instalada, tomó el bajo y esperó a su turno para empezar a tocar.

Calipso había tenido razón. La banda sí era muy buena y tocaban canciones que nunca había escuchado. El vocalista parecía ser extranjero y de vez en cuando su pronunciación hacía inteligibles algunas palabras, pero en lugar de que eso arruinara la canción, le daba un toque especial.

Volteé a ver a mi amiga y en sus ojos vi esa malicia que precedía a cada una de sus conquistas. Tenía la mirada puesta sobre el bajista. Lo quería y lo iba a tener. Se levantó de la mesa, se acomodó un poco la falda para que se viera un par de centímetros más corta y se acercó al escenario.

Estaba bailando a sabiendas de que todos los ojos se posaban en ella. Le encantaba esa sensación, pero fingió que no lo notaba y continuó moviéndose como si estuviera sola. Su cabello largo se movía con suavidad contrastando con sus caderas. De vez en cuando levantaba sus

brazos y giraba lentamente. Todo estaba calculado y ensayado. Nunca le fallaba.

Aproveché que ella estaba distraída para ganar territorio con Calipso. Sé que soy atractivo y la mitad de las veces eso intimida a las chicas, la otra mitad me ve como un reto, un juego. Ella parecía pertenecer al segundo grupo. No la encontré del todo superficial, pero tampoco era de las que hablan de lo que pasa por su mente. Era misteriosa, divertida y sarcástica. Jugamos durante muy buen rato a acortar la distancia entre nosotros para que después ella se alejara abruptamente. Se burlaba de mí porque sabía que estaba a sus pies, esperando a que me diera luz verde.

Estuvimos así durante todo el tiempo que la banda tocó. Después, los chicos recogieron sus cosas y se fueron. Todos menos Seth. Él y Luisa se metieron al baño de mujeres. Ahora tenía toda la privacidad del mundo. La música que había estado reproduciéndose antes del *show* volvió a sonar, pero la escuchaba lejana. Calipso se acercó a mí y me besó. A partir de ese momento perdí el control de lo que hacía y simplemente me dejé llevar.

No supe en qué momento me había quedado dormido. Me sentía increíblemente bien, hasta que volteé a mí alrededor y no vi a nadie, ni a Calipso, ni a Luisa. Estuve desconcertado durante unos minutos hasta que la primera salió de la cocina con una bolsa de basura en las manos. Me dijo que tenía que dejar el lugar en orden antes de que su jefe llegara. Me tranquilicé y me vestí. Fui al baño de mujeres para ver cómo estaba mi amiga. La encontré dormida sobre la barra de los lavabos. Tenía la blusa tan desacomodada como su cabello. Había tenido una noche divertida.

Le acomodé el tirante del sostén que colgaba por uno de sus brazos, y después solté una pequeña risa. Me lavé la cara para despejarme y en seguida me arreglé el cabello. Normalmente me siento atractivo, pero esa mañana me veía increíblemente bien. Me sentía como si tuviera el mundo en mis manos y nada pudiera detenerme.

De pronto dejé de concentrarme en mí. Caí en la cuenta de que el reflejo de Luisa lucía extraño. La alejé un poco del espejo para poder verlo mejor y me encontré con la imagen más perturbadora que había visto en mi vida. El reflejo era el de ella, pero estaba en estado de putrefacción. Ahí su cuerpo dejaba ver partes del esqueleto, su cabello se había caído a pedazos y la ropa estaba hecha jirones.

Entonces entré en pánico y traté de despertarla. No reaccionaba. Le mojí la cara y aun así no obtuve ninguna respuesta. Su reflejo seguía siendo aquella imagen desagradable. Entonces le di una bofetada con todas mis fuerzas. Nada.

Desesperado, salí del baño en busca de ayuda. Me encontré con un hombre que contaba el dinero de la caja registradora. Tendría unos cuarenta años y era fornido. Me preguntó qué hacía ahí, con un tono poco amigable. Ignoré su hostilidad y le pedí que me ayudara con Luisa.



Entramos al baño y ya no había nada. Me dijo que dejara las drogas y también su establecimiento. No quise hacer caso, insistí en buscarla, pero el señor me echó del lugar.

Cuando salí, mi auto ya no estaba. Me tiré al suelo y lloré durante algún tiempo. Me sentía impotente. No sabía qué hacer, así que elegí una dirección y comencé a caminar mientras trataba de encontrarle algo de sentido a lo que me había ocurrido. Me perdí en el horizonte.

